

INSTRUCCION DECIMO OCTAVA.

SACRAMENTO DE LA SAGRADA EUCARISTIA.

INSTRUCCION QUINTA.

FORMA DEL SACRAMENTO DE LA EUCARISTIA; MILAGROS QUE PRUEBAN LA PRESENCIA REAL DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO EN LAS SANTAS ESPECIES.

TEXTO. — *Hoc est corpus meum... Hic est calix sanguinis mei...*
 Éste es mi cuerpo... Ésta es mi sangre...

(S. MATEO, CAP. 26; S. LUCAS, CAP. XXII; I A LOS CORINTIOS, XI, VERS. 24.)

EXORDIO. — Hermanos míos, os lo dije ya... Al hablar de la materia de los sacramentos, de los elementos que los constituyen, santo Tomás hace, á este propósito, una reflexión muy acertada: «Dios, dice, el autor de la humana naturaleza, sabía que el hombre está compuesto de un cuerpo y de un alma; al establecer los sacramentos quiso que los efectos espirituales de cada uno de ellos estuviesen significados y representados por los efectos naturales del elemento que escogía... Expliquemos con mayor claridad todavía esta idea... El agua natural borra las manchas: bajo la forma de lluvia fecundiza los campos; hasta cierto punto entra también en nuestra alimentación, pues que con ella se amasa la harina de trigo. Por otra parte, todos sabéis que la penuria de agua es una de las más terribles privaciones que un pueblo ó una ciudad pueden sufrir...»

Decidme, cristianos, ¿no son estos efectos una imagen, y aún una imagen débil, de los efectos espirituales que el agua del Bautismo produce en nuestras almas?... El alma de un pagano, el alma de aquel que no está bautizado... es un árido desierto;... ninguna flor de virtud sobrenatural se desarrolla allí, ni puede producir acto alguno meritorio, fruto alguno que tenga sabor á cielo... Sólo el agua del Bautismo desarrolla la vida y la fecundidad... Sabéis también de qué negra y profunda mancha está mancillada esta alma... Pues bien, el agua del

Bautismo la purifica, á la manera que el agua natural limpia vuestra ropa blanca, vuestros vestidos manchados sea por el sudor, sea por otro accidente cualquiera... «Así pues, concluye santo Tomás, el agua era la materia que convenía para el Bautismo (1)...»

Después, más lejos, hablando de la Eucaristía, muestra con la misma evidencia, que Jesucristo, por una delicada atención y con la más alta conveniencia, escogió el pan y el vino para materia de este adorable sacramento, que debía ser, como decíamos el domingo pasado, el alimento de nuestras almas, á la manera que el pan y el vino son el de nuestros cuerpos...

PROPOSICIÓN. — Hoy vamos á hablar de la forma de la sagrada Eucaristía. No debéis haber olvidado que se llama *forma* de un sacramento, ya á las palabras, ya al signo exterior que, unidos á la materia, constituyen la esencia de este sacramento y le dan su fuerza y eficacia... Estas palabras son, para el Bautismo, esta fórmula que todos conocéis: *Yo te bautizo, etc...* Para la sagrada Eucaristía son las palabras que pronunció el mismo Jesucristo sobre el pan y el vino cuando dijo: *Este es mi cuerpo, ésta es mi sangre...*

DIVISIÓN. — En esta instrucción, amados hermanos míos, deseo *en primer lugar*, mostrar la fuerza y eficacia de estas palabras del Salvador; *en segundo lugar*, para animar y fortalecer vuestra fé, os referiré algunos hechos milagrosos, por los cuales el Señor ha manifestado de un modo ostensible su presencia en este augusto misterio.

Primera parte. — Hermanos míos muy amados, no os repetiré que hace poco más de trescientos años, en 1532, les acudió á los protestantes la idea de negar la presencia de Nuestro Señor Jesucristo en la sagrada Eucaristía...

A propósito de esto, refiere la historia una escena bastante curiosa... Apenas me atrevo á repetirla... Sin embargo, bueno es que sepáis lo que eran los primeros apóstoles del protestantismo. Érase en la ciudad de Yena. Lutero, después de haber predicado, bebía cerveza y se atracaba, según costumbre, en el mesón del *Oso negro*... Un hombre entrado ya en años pide hablar con él: era Carlostad, su antiguo pro-

(1) Suma Teológica, parte III, cuest. LXXVII, art. 3.

fesor, que venía á disputar con él. — « Maestro, dijo á Lutero, vuestra doctrina sobre la Eucaristía no me gusta : vos creéis en la presencia real. — Ignorante, respondió el doctor, de buena gana dejaría de creer en esto, sólo para contrariar al papa; pero las palabras : *Éste es mi cuerpo, ésta es mi sangre*, son de tal modo formales, que ni el mismo diablo podría hacerme creer lo contrario. — Doctor, prosiguió Carlostad, veo que no entendéis la cosa; al hablar á sus Apóstoles, Jesucristo ponía la mano sobre su pecho, y hablaba de su propio cuerpo; así es como se deben interpretar estas palabras. — ¡Insensato é ignorante!... » añadió Lutero mientras seguía engullendo... Y Carlostad irritado, añadía: « — Escribiré contra vuestra opinión. — Hazlo, dice Lutero, y te doy una moneda de oro... » Y los dos herejes se separaban, despidiéndose con estas cariñosas frases: « ¡Ojalá te vea pronto en el tormento! » decía Carlostad á Lutero. Y este último contestaba: « ¡Así te desnucases antes de llegar fuera de esta ciudad! » (1)...

Ahí teneis, carísimos hermanos, á dos santos del protestantismo, y al mismo tiempo un ejemplo de sus fraternales conversaciones... Y veis en el viejo Carlostad al primero que, entre ellos, se levantó contra la presencia de nuestro divino Salvador en la Eucaristía... Más tarde casi todos los protestantes han negado ó desnaturalizado este dogma de nuestra fé... Y la cena que aún á veces pretenden celebrar en sus templos, no es más que una vana é inútil farsa...

Pero veamos la fuerza y eficacia de las palabras del Salvador... Desde luego confesaréis, hermanos míos, que estas palabras, aunque muy breves, son singularmente claras y enérgicas... Jesús toma pan, lo consagra y lo distribuye á sus Apóstoles diciendo : *Este es mi cuerpo*, y asimismo, al presentarles el cáliz consagrado, les dice : *Esta es mi sangre*... ¡Qué hay más enérgico! ¡qué más claro!... Y ahora os pregunto, hermanos míos, ¿quién era ese que pronunciaba aquellas palabras?... ¿Tenía poder para dar á ellas energía y eficacia?

¿Quién era ese que pronunciaba aquellas palabras?... ¡Si era el Hijo de Dios, la segunda persona de la adorable Trinidad, aquel por quien todo fué criado!... En el origen de las cosas, dijo una de aquellas pode-

(1) Bossuet, *Histoire des Variations*, libro 11, y Audin, *Histoire de Luther*.

rosas palabras, y la tierra se separó de las aguas; plantas y animales de mil especies poblaron su superficie (1)... Dijo una palabra, y esos millares de astros que adornan el firmamento saltaron gozosos á través del inmenso espacio... A una sola palabra pronunciada por aquella voz omnipotente, tú, esplendoroso sol, abandonando la nada, como abandona un esposo el lecho nupcial, viniste radiante á iluminar este universo... ¡Ah! ¿comprendéis cuán poderosa es su palabra?

Vedle pues hasta en el decurso de su vida mortal, hasta cuando, anodado por nosotros, vivía en cierto modo esta vida que nosotros vivimos sobre la tierra... Adorable Jesús, dejó á un lado la pobreza del pesebre, la oscuridad de Nazareth y aquellas humillaciones mayores aún que en breve ibais á sufrir en el Calvario... Hablo de vuestro poder y digo que, hasta cuando estabais revestido de las flaquezas de nuestra naturaleza, en más de una circunstancia aparece aquel maravilloso é incontestable... Esposos de Canadá, él trocó en vino el agua de que habíais llenado las vasijas... Decidme pues, oh santos Apóstoles ¿no tenía también él poder para trocar en su cuerpo y en su sangre el pan y el vino que vosotros preparasteis?... Un día, dice el Evangelio, se le presenta un paralítico enfermo desde mucho tiempo... Sonriendo con dulzura á aquel pobre enfermo, le decía : « Amigo mío, ten confianza, están perdonados tus pecados. » Unos fariseos, unos Judíos envidiosos murmuraban entre sí contra aquellas palabras que revelaban su misericordia. Volviéndose á ellos con majestuoso ademán, Jesús les dijo : « Parece que dudáis de mi poder : de modo que es más difícil decir á este hombre : estan perdonados tus pecados, que decirle : Levántate, coje tu cama y anda (2)... » Y sabéis ya, que el pobre paralítico se levantaba curado...

Decidme pues, impíos, incrédulos y herejes de toda especie, si le es más difícil á este Dios omnipotente decir : *Éste es mi cuerpo*, que decir á Lázaro, muerto tres días antes : *Deja tu sepulcro*... En uno y en otro caso, hermanos míos muy amados, la palabra de nuestro divino Salvador producía su efecto... Cuando le decía á Lázaro : *Resucita*,

(1) Salmo XXXII, vers. 9.

(2) S. Juan, c. 11, v. 7.

Lázaro resucitaba (1)... Y cuando, mostrando el pan y el cáliz, decía : *Éste es mi cuerpo; ésta es mi sangre*, el pan y el vino, cambiando de sustancia, pero conservando sus accidentes exteriores, se convertían, real y verdaderamente, en su cuerpo y en su sangre... ¡Atrás pues los herejes y los impíos!.. Nosotros que somos cristianos, nosotros que creemos que Jesucristo, nuestro Salvador, es verdaderamente el Hijo de Dios, sabemos perfectamente que su palabra es poderosa y eficaz, y que el pan y el vino, en la sagrada Eucaristía, están realmente transformados en su cuerpo y en su sangre...

Segunda parte. — Sí, hermanos míos muy amados, para nosotros que tenemos fe, para nosotros que creemos en la eficacia omnipotente de las palabras de nuestro divino Salvador, repetidas por el sacerdote en el santo Sacrificio del altar, ¿hay necesidad de citar algunos de los numerosos milagros que atestiguan, que prueban la presencia real del cuerpo y sangre de este adorable Salvador bajo las especies consagradas del pan y del vino?..

Leemos en la vida de san Antonio de Padua que, mientras estaba predicando una misión en la ciudad de Rímimi, un hereje se atrevió á provocarle. El santo, hablando de la divina Eucaristía, había citado seguramente algunos hechos, bastante frecuentes en la historia de la Iglesia, y que muestran que á veces hasta los animales han dado señales de respeto á este augusto misterio... ¡Ah! siempre ha sido y es aún hoy cierta una frase pronunciada por Job : « Interrogad á nuestros animales, decía este santo varón, y ellos os podrán instruir (2)... » Y en efecto, como decía un piadoso cristiano : « Cuando, cada domingo por la mañana, doy la comida á esos pobres animales, me parece verles que me miran con ojos suplicantes, y creo entender que me dicen : hemos trabajado seis días, déjanos descansar el séptimo (3)... » Decidme ahora ; cuántos de nuestros labradores no necesitarían comprender este lenguaje!.. Pero volvamos á nuestra historia... Él hereje de que os hablaba va á encontrar á san Antonio : — « Mañana, le dice con aire desdeñoso, traeré mi caballo á la plaza pública en el momento en que dareis la bendición con vuestro sa-

(1) S. Marcos, c. II, v. 9.

(2) Job, c. XII, v. 17.

(3) *Mémoires sur le Déca-di.*

cramento... Tendré un saco de avena para presentárselo; y si, dejando á un lado el pasto, se vuelve hácia eso que vos llamais la sagrada Eucaristía, me confieso vencido, y nos hacemos católicos, yo y los míos. » Como se trataba del jefe de los herejes, cuya conversión podía llevar consigo la de muchos, el santo aceptó aquel reto... Pasó la noche en oración, suplicando al Señor que se apiadase de aquellos contumaces. Y al día siguiente, en medio de una inmensa muchedumbre, habriais visto al animal, desdeñando el grano que se le presentaba, adelantarse humildemente y doblar las rodillas ante el adorable sacramento... Benipigio (éste es el nombre del hereje en cuestión) se convirtió y llegó á ser uno de los más fervientes discípulos del santo misionero (1).

Pero un prodigio más célebre todavía es el que tuvo lugar en Paris, el año 1250... Quizas ya os he hablado de él : pero aquí se ofrece la ocasión de referiroslo más extensamente... Una pobre mujer que necesitaba dinero, había tomado prestada á un judío usurero una pequeña cantidad, y le había dado en garantía todo lo mejor que tenía en ropas... Al acercarse la fiesta de Pascua, suplicó á aquel hombre que le entregase á lo menos un vestido que necesitaba. « Os daré, no solamente este vestido, sino además la cantidad que os tengo prestada, contestó aquel usurero, aquel descendiente de Caifás, si quereis traerme la hostia que mañana recibireis. » Fuese ignorancia, ó fuese malicia, ello es que aquella desdichada consintió en este infernal trato... Y al día siguiente, en vez de tragarse la sagrada forma, se apresuró á metérsela en el bolsillo, colocarla en un pañuelo y entregarla á aquel infame judío... Este último se apodera de ella con una especie de rabia; extiende el sagrado pan sobre una mesa y lo acuchilla... ¡Oh prodigio!.. A cada cuchillada brota de la hostia roja sangre : la mujer y los hijos de aquel miserable huyen despavoridos... Él, por el contrario, endureciéndose más, clava la sagrada forma en la pared, la hiere con frenesí y la pincha con una lanza... Nuevamente brota una sangre abundante y milagrosa, para mostrar á aquel desgraciado la verdad de la presencia real.

Pero, como nos lo enseña ya el Evangelio, ni los mayores milagros pue-

(1) Rossignoli, *Merveilles divines de la sainte Eucharistie*, marav. XXX

den convertir á los impíos... Loco de corage, pretende quemar la santa hostia... ¡ Imposible !.. La sumerje en una caldera de agua hirviendo : esta agua se tiñe de sangre, y aparece Jesucristo como clavado en la cruz. La vista de esta imágen llena talmente de terror al judío deicida, que va á esconderse en la habitación más oscura de su casa... Mas no tardó en descubrirse su crimen... Uno de sus pequeñuelos, al ver los fieles que se dirigían a la iglesia, les decía : « No vayais á buscar más allí á vuestro Dios, porque mi padre lo acaba de hacer morir... » Se quiso saber lo que aquellas palabras significaban. Penetrando en la casa, se encontró la sagrada hostia roja todavía de sangre, y fué recojida y llevada con gran respeto á la iglesia de San Juan *en Grèce.*, La mujer y los hijos de aquel desdichado se convirtieron ; en cuanto á él, apesar del milagro de que había sido testigo, murió en la impenitencia. Su casa fué arrasada, y en su solar se construyó una iglesia donde, hasta el año 1790, se adoraba, dia y noche, la sagrada Eucaristía.

Con motivo de un milagro casi parecido que tuvo lugar durante el reinado de san Luís, este rey de Francia pronunció una frase que atestiguaba su viva fé en el misterio de nuestros altares. — « Venid, le decían, venid á ver una hostia ensangrentada y milagrosa. » Y el piadoso monarca contestó : « Que vayan aquellos que dudan de la verdad de este misterio ; lo que es yo no tengo necesidad de estas pruebas para creer en él. »

PERORACIÓN. — Este santo rey, hermanos míos, tenía razón. Si somos cristianos formales é instruídos, debemos creer tan firmemente en la presencia de Jesús bajo los velos de la sagrada hostia, como creemos en nuestra propia existencia... Nó, las palabras de nuestro adorable Salvador, pronunciadas en el altar por el sacerdote, no son palabras estériles y desprovistas de virtud... Y aquí todo, hermanos míos muy amados, todo, en nuestra santa religión, gira sobre este sagrado misterio ; todo, especialmente en este recinto, nos recuerda esta augusta verdad... ¿ Para qué elevaron nuestros padres, tanto estas catedrales que adornan nuestras ciudades, como estas iglesias más humildes y modestas, sin las cuales nuestras pobres aldeas parecerían tristes y despobladas?... Y la iglesia ha sido construída precisamente para cobijar este altar ante el cual, de dia y de noche, arde esta lámpara solitaria... ¿ Y para qué este altar?... Para que cada dia se pueda ofrecer en él el sacri-

ficio eucarístico, y repetir sobre el pan y el vino estas palabras siempre eficaces : *Éste es mi cuerpo ; Ésta es mi sangre...* ¿ Y para qué más?... Para conservar en medio de ese tabernáculo, allá, en precioso cáliz, á Jesucristo vivo siempre entre nosotros... ¿ Habéis entrado alguna vez en un templo protestante?... ¡ Oh! ; qué frío se apodera de vosotros!... Nada de agua bendita, ni de altar, ni de lámpara, ni de tabernáculo, ni de Jesús en la Eucaristía... ¡ Cuán dignos de lástima son!... Para nosotros, hermanos míos, que tenemos la dicha de ser católicos, todo nos recuerda aquí, como os decía, su augusta presencia... Adorémosle pues con respeto, y sea por nosotros verdaderamente alabado y bendecido en el augusto Sacramento de nuestros altares... Así sea.

INSTRUCCION DECIMONOVENA.

SACRAMENTO DE LA SAGRADA EUCHARISTIA.

INSTRUCCION SEXTA.

PODER DE CONSAGRAR TRANSMITIDO A LOS SACERDOTES ; CUALES SON EL MINISTRO Y EL SUJETO DE LA EUCHARISTIA.

TEXTO. — *Hoc facite in meam commemorationem.* Haced esto en memoria mia.

SAN LUCAS, CAP. XXI, VERS. 19.)

EXORDIO. — Hermanos míos, al hablaros, el domingo pasado, de la presencia real de nuestro divino Salvador en el sacramento de la Eucaristía, me olvidé de deciros ciertas circunstancias que acompañan esta presencia, y que deben hacer todavía más adorable para nosotros este sacramento...

Supongamos que cuando nuestro amoroso Redentor quería establecer este misterio, hubiese consultado á san Pedro y á san Juan, y les hubiese